



DESCARGA

GRATUITA

 Editorial CLIE



**Como muestra
de gratitud por su compra,**

visite www.clie.es/regalos
y descargue gratis:

*“Los 7 nuevos descubrimientos sobre
Jesús que nadie te ha contado”*

Código:

Course:

DESCU24

**CÓ-
MO**
leer el
APOCALIPSIS

Justo L. González
Catherine Gunsalus González

Editorial CLIE 
www.clie.es

Editorial CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: clie@clie.es
<http://www.clie.es>



© 1997 Catherine Gunsalus González y Justo L. González. Publicado en inglés bajo el título *Revelation* por Westminster John Knox Press, Louisville, Kentucky

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447)».

© 2021 por Editorial CLIE

CÓMO LEER EL APOCALIPSIS

ISBN: 978-84-17620-92-9

eISBN: 978-84-17620-93-6

Estudios bíblicos

Nuevo Testamento

Acerca de los autores

JUSTO L. GONZÁLEZ es autor de docenas de libros sobre historia de la iglesia y teología cristiana. Su *Historia del cristianismo* es un libro de texto estándar en las Américas y en todo el mundo. Justo L. González, profesor jubilado de teología histórica y autor de los muy elogiados tres volúmenes de *Historia del pensamiento cristiano*, asistió al Seminario Unido en Cuba y fue la persona más joven en obtener un doctorado en teología histórica en la Universidad de Yale. Ha enseñado, entre otras instituciones, en el Seminario Evangélico de Puerto Rico, y en la Universidad de Emory, en Atlanta, Georgia. Durante los últimos treinta años se ha enfocado en desarrollar programas para la educación teológica de los hispanos, y ha recibido cuatro doctorados honoris causa. Es fundador de la AETH (Asociación para la Educación Teológica Hispana) para desarrollar el trabajo teológico en español desarrollado por la comunidad académica latina.

CATHERINE GUNSALUS GONZALEZ es Profesora Emérita de Historia de la Iglesia en el Seminario Teológico de Columbia en Decatur, Georgia. Tras obtener su doctorado (PhD) en la Universidad de Boston, fue profesora en la Universidad Wesleyana de West Virginia y luego en el Seminario Teológico Presbiteriano de Louisville, en Kentucky. Cuando contrajo nupcias con Justo L. González, en el 1973, se trasladó al Seminario Teológica de Columbia, donde transcurrió el resto de su carrera docente. La historia del culto cristiano ha sido para ella materia de interés particular desde los inicios de sus estudios teológicos. Entre sus muchos escritos sobre el tema, se cuenta el libro *Lecciones de la iglesia antigua para el culto de hoy*.

Los González son ministros ordenados, él en la Iglesia Metodista Unida y ella en la Iglesia Presbiteriana. Han enseñado y dictado conferencias en toda América, en Europa y en Asia. Tienen una hija, dos nietas, y tres bisnietos. Cuando el tiempo y la salud se lo permiten, se dedican a la jardinería.

ÍNDICE GENERAL

Introducción

El autor
Los primeros lectores
El libro del Apocalipsis
La fecha
Las diversas interpretaciones

I. El escenario: Apocalipsis 1:1-20

Título y bendición: Apocalipsis 1:1-3
El saludo: Apocalipsis 1:4-8
La gran visión: Apocalipsis 1:9-20
 La situación (1:9-11)
 La visión (1:12-20)

II. Cartas a las siete iglesias: Apocalipsis 2:1-3:22

Éfeso: Apocalipsis 2:1-7
Esmirna: Apocalipsis 2:8-11
Pérgamo: Apocalipsis 2:12-17
Tiatira: Apocalipsis 2:18-29
Sardis: Apocalipsis 3:1-6
Filadelfia: Apocalipsis 3:7-13
Laodicea: Apocalipsis 3:14-22

III. El culto celestial: Apocalipsis :1-5:14

El culto en torno al trono: Apocalipsis 4:1-11
El rollo y el Cordero: Apocalipsis 5:1-14

IV. Los primeros seis sellos: Apocalipsis 6:1-7:17

El primer sello: Apocalipsis 6:1-2
El segundo sello: Apocalipsis 6:3-4
El tercer sello: Apocalipsis 6:5-6
El cuarto sello: Apocalipsis 6:7-8
El quinto sello: Apocalipsis 6:9-11
El sexto sello: Apocalipsis: 6:12-7:17

Se abre el sello (6:12-17)

Los sellados de Israel (7:1-8)

Los sellados de entre las naciones (7:9-17)

V. El séptimo sello y las siete trompetas: Apocalipsis 8:1-11:19

El séptimo sello: Apocalipsis 8:1

Las primeras seis trompetas: Apocalipsis 8:2-9:21

Se prepara la escena (8:2-5)

Las primeras cuatro trompetas (8:6-13)

La quinta trompeta y el primer «ay» (9:1-12)

La sexta trompeta y el segundo «ay» (9:13-21)

La visión del librito: Apocalipsis 10:1-11

Los dos testigos: Apocalipsis 11:1-14

La séptima trompeta: Apocalipsis 11:15-19

VI. Comienza la gran batalla cósmica: Apocalipsis 12:1-17

Aparecen los portentos: Apocalipsis 12:1-6

La batalla celestial: Apocalipsis 12:7-12

El peligro presente: Apocalipsis 12:13-17

VII. Comienza el conflicto en la tierra: Apocalipsis 13:1-14:20

La bestia que sube del mar: Apocalipsis 13:1-10

La bestia que sale de la tierra: Apocalipsis 13:11-18
Se plantea el reto: Apocalipsis 14:1-5
Se anuncia el juicio: Apocalipsis 14:6-13
La cosecha: Apocalipsis 14:14-20

VIII. La ira de Dios: Apocalipsis 15:1-16:21

Se anuncia la ira final: Apocalipsis 15:1
Los himnos de alabanza: Apocalipsis 15:2-4
Se entregan las copas: Apocalipsis 15:5-8
Las primeras tres plagas: Apocalipsis 16:1-7
La cuarta y quinta plagas: Apocalipsis 16:8-11
La sexta plaga: Apocalipsis 16:12-16
La séptima plaga: Apocalipsis 16:17-21

IX. La caída de Babilonia: Apocalipsis 17:1-18:24

Al orgullo sigue la caída: Apocalipsis 17:1-6a
¿Quién es esta mujer?: Apocalipsis 17:6b-14
Sus amigos son sus enemigos: Apocalipsis 17:15-18
La caída de Babilonia: 18:1-3
La llamada a los fieles: Apocalipsis 18:4-8
Tiempo de duelo: Apocalipsis 18:9-19
El cántico gozoso: Apocalipsis 18:20-24

X. El fin de lo viejo: Apocalipsis 19:1-20:15

Gozo en el cielo: Apocalipsis 19:1-5
La esposa y las bodas del Cordero: Apocalipsis 19:6-10
El caballo blanco y su jinete: Apocalipsis 19:11-16
El otro banquete: Apocalipsis 19:17-21
El milenio: Apocalipsis: 20:1-3
Las dos resurrecciones: Apocalipsis 20:4-6
El conflicto final: Apocalipsis 20:7-10

El juicio final: Apocalipsis 20:11-15

XI. El futuro glorioso: Apocalipsis 21:1-22:21

La nueva creación: Apocalipsis 21:1-4

La división entre los fieles y los infieles: Apocalipsis
21:5-8

La nueva Jerusalén: Apocalipsis 21:9-21

La ciudad sin templo: Apocalipsis 21:22-27

Comida y bebida para verdadera vida: Apocalipsis 22:1-
5

Palabras de autoridad: Apocalipsis 22:6-16

De vuelta al contexto litúrgico: Apocalipsis 22:17-21

INTRODUCCIÓN

Ningún libro de la Biblia ha sido tan mal interpretado -ni con tanta frecuencia- como el Apocalipsis. Escrito originalmente para dar consuelo y esperanza a sus lectores, para muchos se ha vuelto un libro de temor y desesperación. Escrito para aclarar la perspectiva de unos lectores cuya vida parecía deshacerse, se le lee ahora como un libro triste y confuso que solamente pueden entender quienes tienen alguna llave secreta para descifrar sus misterios. Escrito para ser leído en el culto de iglesias congregadas para adorar, ahora se lee con frecuencia en pequeños conventículos sectarios de tendencias fanáticas. Todo esto ha llevado a la sorprendente paradoja de que ningún otro libro del Nuevo Testamento ha inspirado tantos himnos gozosos como lo ha hecho el Apocalipsis, y que al mismo tiempo ningún otro libro ha llevado a acciones tan destructivas y hasta patológicas como lo ha hecho el Apocalipsis. Esto se debe a muchas razones, como veremos en el curso del presente estudio. Pero al menos dos merecen mención aquí.

En primer lugar, hemos perdido el idioma. Con esto no queremos decir que no nos sea posible traducir lo que el autor dice en su griego un poco particular. El problema no radica en eso. No se nos dificulta entender las palabras ni la gramática, y por tanto tenemos traducciones excelentes. Lo que hemos perdido es el gran número de puntos de referencia que tenían en común Juan de Patmos y sus lectores. Se ha dicho que cada versículo del Apocalipsis incluye al menos una referencia a las Escrituras hebreas -y en algunos casos varias de ellas-. Juan y sus discípulos estaban sumergidos en el Antiguo Testamento y sus imágenes de tal modo que las palabras que empleaban

espontáneamente traían a su mente imágenes y conexiones que ahora se nos hace difícil reconocer.

En segundo lugar, hay en el Apocalipsis muchas referencias a condiciones específicas tanto en la geografía como en las circunstancias políticas, económicas y sociales que les eran familiares tanto a Juan como a sus primeros lectores. Aunque cualquier referencia velada o pasajera a tales realidades sería fácilmente entendida por los lectores de entonces, no podemos descubrir esas referencias sino mediante un cuidadoso examen y reconstrucción de las circunstancias de aquellos tiempos. Y aún entonces, cuando mediante la investigación cuidadosa llegamos a entender buena parte de lo que Juan les está diciendo a sus lectores, el hecho mismo de que se nos hace difícil llegar a ese entendimiento nos dificulta leer el Apocalipsis participando de las mismas conexiones emotivas e intelectuales que tendrían para quienes primero lo oyeron leído en voz alta.

Esto se puede ilustrar fácilmente mediante el siguiente ejemplo. Supongamos que alguien que sabe el castellano perfectamente bien, pero no conoce su literatura y la historia de nuestros países, escucha a un orador decir «Recuerde el alma dormida, avive el seso y despierte...; salgamos a la lid lanza en ristre desfaciendo entuertos, tomando en cuenta que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son». Si esa persona no conoce las *Coplas* de Jorge Manrique, ni el *Quijote* de Cervantes, ni *La vida es sueño* de Calderón, no podrá entender lo que se le dice. Ciertamente podrá entender las palabras, pero no su carga emotiva ni las muchas otras ideas que vienen a la mente para quien conoce esas obras. Tal persona ciertamente podría estudiar entonces a Manrique, Cervantes y Calderón para así llegar a entender lo que se quiere decir. Pero aun entonces su experiencia al leer esas palabras no será la misma de aquel que las escucha estando imbuido en la literatura castellana.

Los autores del presente libro somos bien conscientes de esa situación. Nos criamos en dos culturas diferentes, ambos en hogares donde se respiraba un profundo amor por las letras, particularmente la poesía. Cada uno de nosotros puede entender perfectamente el idioma del otro. Pero al mismo tiempo nos duele la experiencia de saber que se nos hace difícil y hasta imposible llegar a apreciar como es debido la poesía y tradiciones de la otra persona. Podemos explicar las palabras, la gramática y las imágenes. Pero así y todo algo se pierde. Es como cuando alguien nos cuenta un chiste y después tiene que explicarlo.

Basándose en todo esto, para entender el Apocalipsis, aunque sea en cierta medida, tenemos que tratar de descubrir y entender las referencias que en él hay a las Escrituras hebreas así como a las circunstancias particulares de aquel momento. Esto es un trabajo difícil que por su propia naturaleza nos dificulta leer el libro como lo deseaba quien lo escribió: en voz alta, como una narración fluida, con imágenes y perspectivas imprevistas. Por esa razón, hoy tenemos que aprender de nuevo a leer el libro no solamente tratando de descifrar cada una de sus palabras y metáforas, sino también en algunas ocasiones de una manera diferente, leyendo grandes porciones de corrido, sin preocuparnos demasiado si aquí o allá aparece alguna frase o imagen que no entendamos. De ese modo recuperaremos algo de la fluidez, el ritmo y la emoción con que debe haberlo escrito el autor y lo escucharían las iglesias a las que iba dirigido.

Por lo tanto, al escribir este libro lo hacemos con la esperanza de que el lector o lectora no permita que los puntos que siempre permanecerán oscuros en su interpretación opaquen la intensa luz del Apocalipsis como un todo. Trate de entender tanto como pueda. Posiblemente se sorprenderá ante lo mucho que comprenderá. Y aquello que no le sea posible entender, ¡sencillamente gócelo!

Después de todo, es así que la poesía debe leerse. Como alguien ha dicho, parte del problema está en que nos acercamos al Apocalipsis para diagramarlo como si fuera un tratado teológico y nos encontramos ante un himno que se entiende mejor cantándolo.

El hecho mismo de que nos hayamos descarriado tanto en la interpretación del Apocalipsis dice mucho; pero no tanto acerca del libro mismo, como acerca de nosotros. Parte de lo que acontece es debido a que durante largos siglos las condiciones en que han vivido los cristianos que han interpretado este libro han sido muy diferentes de lo que eran para aquellos cristianos a quienes Juan dirigió su libro. Aquellos cristianos de finales del siglo primero eran principalmente personas marginadas que no tenían modo alguno de progresar en el mundo en el que vivían. Residían en algunas de las ciudades más ricas de un gran imperio y, sin embargo, no participaban del poder de ese imperio, ni tampoco de sus riquezas. Vivían bajo la constante amenaza de persecución. Pero después, según fue pasando el tiempo, el libro ha sido tradicionalmente interpretado por personas para quienes la fe no ha sido cuestión de vida o muerte. Ha sido interpretado desde una postura cómoda en la sociedad en la que vivimos. Nos interesa mucho que esa sociedad progrese y, al tiempo que nos duelen las injusticias que todavía perduran, la mayoría de quienes nos dedicamos a leer e interpretar este libro no sufrimos tales injusticias directamente. Por tanto, un libro que trata acerca del juicio final de Dios sobre el mundo, un libro que busca ser una palabra de consuelo y promesa de salvación para sus lectores originales, frecuentemente viene a parecernos más bien una amenaza o un anuncio desastroso de que mucho de cuanto ahora amamos pasará.

Pero la verdad es que la situación de los cristianos hoy no es tan diferente de la de aquellos cristianos del siglo primero como nos imaginamos. Aunque no tengamos que

enfrentarnos a la persecución, sí nos encontramos frecuentemente ante decisiones que por un lado nos llaman a ser fieles y por otro nos llaman a transitar por otro camino que promete éxito en la sociedad. Frecuentemente tenemos que decidir entre la fidelidad y la popularidad. Además, somos parte de una iglesia que se esparce por todo el mundo y que en muchas regiones vive en circunstancias semejantes a las del siglo primero. La injusticia y la idolatría todavía se pasean por nuestra sociedad y sobre la faz de la tierra. Por esas razones, resulta ser una gran bendición el que el Apocalipsis, con sus advertencias aterradoras para quienes prefieren la comodidad y el éxito antes que la fidelidad, sea parte de nuestro Nuevo Testamento. Al estudiarlo, veremos que nos dice mucho más que lo que podamos imaginar.

El autor

Al leer el Apocalipsis vemos que hay cuatro lugares en los que el autor se da a sí mismo el nombre de Juan (1:1, 4, 9; 22:8). No reclama para sí otro título que el de «siervo» de Jesucristo (1:1) y el de ser «vuestro hermano y compañero en la tribulación, en el reino y en la perseverancia de Jesucristo» (1:9). La única autoridad que reclama explícitamente es la de ser «el que oyó y vio estas cosas» (22:8). Muy probablemente en su tiempo lo llamaban «profeta» -título que se le daba a quien le hablaba a la comunidad en el nombre de Dios-, es decir, a quien predicaba (cf. 19:10; 22:9). En todo caso, al leer el libro resulta obvio que Juan debe haber tenido cierta estatura y respeto en las comunidades a las que se dirigía.

Tradicionalmente se ha dicho que el autor del Apocalipsis es el mismo que escribió el Cuarto Evangelio, es decir, el Evangelio de Juan. Pero hoy la mayoría de los estudiosos de la Biblia concuerda en que los estilos de estos dos libros y su trasfondo cultural son tan diferentes que no es posible

adscribirlos ambos al mismo autor. Mientras que el Cuarto Evangelio emplea un griego que es a la vez popular y pulido, no cabe duda de que quien escribió el Apocalipsis se sentía más a gusto con el arameo –el idioma que se hablaba comúnmente en Palestina y que los judíos de aquel entonces llamaban «hebreo»–.

Como hemos dicho, el autor del Apocalipsis era buen conocedor de las Escrituras hebreas, así como de otras tradiciones judías más recientes. Las imágenes que emplea son semejantes a las del libro de Daniel y de otra literatura judía que circulaba en el siglo primero. Su griego es a veces extraño, como resulta frecuentemente en el caso de quien piensa en un idioma y escribe en otro. Lo que es más, mientras todos los otros autores del Nuevo Testamento al citar el Antiguo Testamento emplean la traducción al griego que circulaba entonces entre los judíos helenistas – comúnmente conocida como la Septuaginta– Juan o bien cita de una traducción completamente diferente o –lo que es más probable– sencillamente va traduciendo al griego pasajes que conoce en hebreo.

Todo esto nos da a entender que Juan era una persona de origen judío –probablemente de Palestina– que había aceptado la fe cristiana. Las tradiciones que le adscriben el Cuarto Evangelio también dicen que era Juan el apóstol, el hijo de Zebedeo. Esto es posible, al menos en teoría, y no hay modo de probarlo en un sentido ni en otro. Si tal es el caso, Juan debería ser muy anciano al escribir este libro. Pero en verdad la pregunta acerca de quién fue el autor del libro tiene pocas consecuencias en cuanto al modo en que se le ha de interpretar.

Los primeros lectores

Juan nos dice que estaba en la isla de Patmos «por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo» (1:9), y

que fue allí que tuvo una visión y recibió el mandato de escribirla y hacérsela llegar a las siete iglesias de la provincia de Asia (que no era el continente que hoy llamamos así, sino el extremo occidental de Anatolia, lo que hoy es Turquía). Al comentar el texto mismo, aprenderemos más acerca de cada una de esas iglesias. En términos generales podemos dar por sentado que la mayoría de sus lectores serían judíos convertidos al cristianismo, pues de otro modo es difícil ver cómo podrían entender lo que Juan les escribía, tan lleno de referencias a las Escrituras hebreas que solamente quien estuviera profundamente sumergido en la tradición judía podría entenderlo. Al leer el libro veremos también que, al menos en algunos círculos, se debatía quiénes eran los «verdaderos» judíos, es decir, los legítimos herederos de las promesas que Abrahán había recibido.

Aparentemente había algunos desacuerdos entre los cristianos en Asia en cuanto a cómo relacionarse con la sociedad circundante. Unos estaban más dispuestos que otros a hacer concesiones. En una sociedad en que las prácticas religiosas dominaban, como comúnmente sucedía en cualquier sociedad antigua, los cristianos se veían constantemente en la necesidad de decidir hasta qué punto podían o debían hacer concesiones a esa sociedad por razones sociales y económicas, o quizá hasta para salvar su vida. Quien tenía un oficio cualquiera, tendría que decidir si debía unirse al gremio de quienes lo practicaban –o si ya era miembro, si no debía retirarse de él–. Quien no se unía al gremio se vería impedido de practicar su oficio. Quien se unía, tendría que participar de sus ceremonias religiosas, puesto que los gremios de entonces se organizaban en torno al servicio y protección de un dios que les servía de patrono. De manera semejante, quien era esclavo probablemente tendría que enfrentarse a las objeciones del amo no cristiano, quien además exigiría su presencia en sus

propios ritos religiosos. Quien era empleado del gobierno también tendría que participar en una serie de ceremonias paganas. Quien era una mujer libre, y en teoría señora de su casa, tendría que acompañar a su esposo pagano en prácticas de adoración inaceptables para los cristianos. Quienquiera que uno fuera, siempre tendría que enfrentarse a presiones semejantes.

En algunas de las iglesias a las que Juan envió el Apocalipsis, había quienes pensaban que debían ajustarse en tales cosas a la sociedad circundante. Otros que pensaban diferentemente tenían que pagar un alto precio – como posiblemente le sucedió a Antipas en Pérgamo (2:13)–. El propio Juan se contaba entre quienes no estaban dispuestos a aceptar componenda alguna, puesto que estaba convencido de que los cristianos no debían tener trato con la idolatría. Por tanto, parte del propósito de su libro es fortalecer y alentar a quienes están sufriendo por razón de su fidelidad a Cristo y al mismo tiempo reprender y llamar al arrepentimiento a quienes han enflaquecido en su obediencia.

Tradicionalmente se ha pensado que cuando el Apocalipsis fue escrito los cristianos sufrían bajo la persecución severa del emperador Domiciano, frecuentemente descrito como un megalomaniaco que no podía aceptar el que los cristianos y los judíos se negaran a adorarlo como a un dios. Hoy hay dudas entre los historiadores acerca de si este cuadro de Domiciano, que nos ha llegado mayormente a través de sus enemigos y de los defensores de la dinastía que le sucedió, es fidedigno. Probablemente lo cierto sea que Juan no escribió el Apocalipsis en tiempos de una persecución severa, sino en condiciones más complejas.

Aparentemente no se trataba de una persecución general contra los cristianos, sino de los conflictos que necesariamente surgirían por una parte entre los cristianos

en su generalidad y la sociedad, y por otra entre cristianos que no concordaban entre sí en cuanto a sus relaciones con la sociedad circundante. Entre estos cristianos, quienes insistían en permanecer fieles en todo eran objeto de la ira del gobierno, que no podía entender tal intransigencia. Desde la perspectiva del gobierno y de buena parte de la sociedad, estos cristianos eran personajes subversivos cuya conducta antisocial debía ser castigada. En cuanto al propio Juan, estaba convencido de que su llamada a una fidelidad más firme por parte de la iglesia y de los creyentes llevaría a mayores dificultades.

Varias de las iglesias a las que Juan dirigió su libro habían sido fundadas décadas antes. Algunos de sus miembros serían cristianos de segunda y hasta de tercera generación. El fervor inicial comenzaba a retroceder, y cada vez parecía más atractiva la posibilidad de llegar a algún arreglo con la sociedad circundante. ¿Debían los cristianos permanecer por siempre al margen de la vida económica, cuando todo lo que tendrían que hacer para evitarlo sería unirse a un gremio y participar en su culto? ¿No podrían quienes tenían algún cargo en el gobierno ceder y practicar un cristianismo más flexible? No es difícil imaginar el debate que tendría lugar en esas iglesias, el dolor y la desilusión de algunos cuando un hermano o hermana cedía ante la idolatría, y el gozo de otros cuando alguien, tras hacer alguna aparentemente ligera concesión, podía adelantar en la escala social y económica.

El libro de Apocalipsis

Juan se contaba entre quienes estaban convencidos de que ceder en tales cuestiones era caer en idolatría. Según una tradición que nos ha llegado, Juan estaba en Patmos porque había sido exiliado por razón de su fe. Sus propias palabras pueden entenderse en este sentido: «Yo, Juan, vuestro hermano y compañero en la tribulación, en el reino y en la

perseverancia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos» (1:9). No cabe duda de que su libro toma el partido de quienes pensaban que toda concesión a las prácticas paganas era condenable, y que por tanto era necesario llamar a los fieles a una estricta perseverancia en la fe.

La primera palabra de todo el libro es «Apocalipsis» -que quería decir «revelación»-. Esa palabra ha venido a ser no solamente el título de este libro en particular, sino también el nombre que se le da a todo un género de literatura que se había vuelto común en los círculos judíos unos pocos siglos antes del advenimiento de la fe cristiana. Los cristianos adoptaron este género para alguna de su propia literatura. El primer caso, y el que le dio nombre a todo el género apocalíptico, fue el Apocalipsis de Juan. En general, la literatura apocalíptica se enfrenta a la cuestión del sufrimiento de los justos en manos de los injustos, y lo hace empleando un lenguaje altamente simbólico que combina un frecuente uso de la metáfora con números que reciben significados misteriosos. Puesto que esa literatura iba generalmente dirigida a los creyentes, su lenguaje frecuentemente era casi ininteligible para quienes no participaban de la misma fe. En toda la literatura apocalíptica las visiones y sus explicaciones tienen un papel importante. Su principal propósito es mostrar por qué los justos sufren, así como reafirmar la victoria final de Dios y de su pueblo.

Todo esto es también cierto del Apocalipsis de Juan. Pero el Apocalipsis tiene también otras características que le separan de toda esa otra literatura que hoy llamamos apocalíptica. La más notable es que, mientras toda la otra literatura apocalíptica es o bien anónima o pseudónima y coloca los acontecimientos que narra en tiempos y locales ficticios, frecuentemente en un pasado distante (de lo cual la otra excepción importante es el *Pastor* de Hermas, escrito a mediados del siglo segundo), el Apocalipsis de Juan